

	GIMNASIO SABIO CALDAS (IED) Nuestra escuela: una opción para la vida PLAN ESCOLAR NO PRESENCIAL	Código	PENP - 01
		Versión	001
		Fecha	18/03/2020
		Proceso	Gestión Académica

DOCENTE	Doris Esperanza Muede Lobatón	GRADO	Octavo
ASIGNATURA	Comprensión lectora		
Correo electrónico de contacto	doris.muete@sabiocaldas.edu.co		
Fecha de envío	Semana 14	3 de mayo	Fecha de entrega
Tiempo de ejecución de la actividad	1 hora de clase		
TEMA	Identificar la idea principal en historias		
NOMBRES Y APELLIDOS			

Contextualización

Las historias no presentan las ideas principales de la misma manera que los artículos informativos. El título de la historia nos permite saber de qué trata. Ya que estamos leyendo una novela, un cuento o una obra dramática, las historias presentan, en general un problema y una solución, en un escenario con personajes.

Descripción de la actividad sugerida

No se debe imprimir la guía de trabajo, se soluciona en el cuaderno copiando preguntas y respuestas, esto para trabajar seguimiento de instrucciones, caligrafía y ortografía.

Lee el siguiente cuento. Lee el vocabulario que aparece al final y luego responde según se indica.

El sueño del Pongo

Un hombrecito se encaminó a la casa-hacienda de su patrón. Como era siervo iba a cumplir el turno de pongo, de sirviente en la gran residencia. Era pequeño, de cuerpo miserable, de ánimo débil, todo lamentable; sus ropas, viejas.

El gran señor, patrón de la hacienda, no pudo contener la risa cuando el hombrecito lo saludó en el corredor de la residencia.

—¿Eres gente u otra cosa?— le preguntó delante de todos los hombres y mujeres que estaban de servicio.

Humillándose, el pongo no contestó. Aterrorizado, con los ojos helados, se quedó de pie.

¡A ver! —dijo el patrón— por lo menos sabrá lavar ollas, siquiera podrá manejar la escoba, con esas manos que parece que no son nada. ¡Llévate esta inmundicia! —ordenó al mandón de la hacienda.

Arrodillándose, el pongo le besó las manos al patrón y, todo agachado, siguió al mandón hasta la cocina.

El hombrecito tenía el cuerpo pequeño; sus fuerzas eran, sin embargo, como las de un hombre común. Todo cuanto le ordenaban hacer lo hacía bien. Pero había un poco como de espanto en su rostro; algunos siervos se reían de verlo así, otros lo compadecían. “Huérfano de huérfanos; hijo del viento, de la Luna debe ser el frío de sus ojos, el corazón pura tristeza”, había dicho la mestiza cocinera, viéndolo.

El hombrecito no hablaba con nadie, trabajaba callado; comía en silencio. Todo cuanto

le ordenaban, cumplía. “Sí, papacito; sí mamacita”, era cuanto solía decir.

Quizás a causa de tener cierta expresión de espantado, y por su ropa tan haraposa y acaso, también, porque no quería hablar, el patrón sintió un especial desprecio por el hombrecito. Al anochecer, cuando los siervos se reunían para rezar el Ave María, en el corredor de la casa-hacienda, a esa hora, el patrón martirizaba siempre al pongo delante de toda la servidumbre; lo sacudía como a un trozo de pellejo.

Lo empujaba de la cabeza y lo obligaba a que se arrodillara y, así, cuando ya estaba hincado, le daba golpes suaves en la cara.

—Creo que eres perro. ¡Ladra! —le decía.

El hombrecito no podía ladrar.

—Ponte en cuatro patas —le ordenaba entonces.

El pongo obedecía, y daba unos pasos en cuatro pies.



—Trotaba de costado, como perro—seguía ordenándole el hacendado.

El hombrecito sabía correr imitando a los perros pequeños de la puna.

El patrón reía de muy buena gana, la risa le sacudía todo el cuerpo.

—¡Regresa!—le gritaba cuando el sirviente alcanzaba trotando el extremo del gran corredor.

El pongo volvía corriendo de costadito. Llegaba fatigado.

Algunos de sus semejantes, siervos, rezaban mientras tanto el Ave María, despacio rezaban, como viento interior en el corazón.

—¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres!—mandaba el señor al cansado hombrecito—. Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Como si el vientre de su madre hubiera sufrido la influencia modelante de alguna vizcacha, el pongo imitaba exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos, como orando sobre las rocas. Pero no podía alzar las orejas. Entonces, algunos de los siervos de la hacienda se echaban a reír.

Golpeándolo con la bota, sin patearlo fuerte, el patrón derribaba al hombrecito sobre el piso de ladrillos del corredor.

—Recemos el Padrenuestro—decía luego el patrón a sus indios, que esperaban en fila.

El pongo se levantaba a pocos, y no podía rezar porque no estaba en el lugar que le correspondía, ni ese lugar correspondía a nadie.

En el oscurecer, los siervos bajaban del corredor al patio y se dirigían al caserío de la hacienda.

—¡Vete, pancita!—solía ordenar, después, el patrón al pongo.

Y así, todos los días, el patrón hacía revolcarse a su nuevo pongo, delante de la servidumbre. Lo obligaba a reírse, a fingir llanto. Lo entregó a la mofa de sus iguales, los colonos.

Pero... una tarde, a la hora del Ave María, cuando el corredor estaba colmado de toda la gente de la hacienda,

cuando el patrón empezó a mirar al pongo con sus densos ojos, ese, ese hombrecito, habló muy claramente. Su rostro seguía un poco espantado.

—Gran señor, dame tu licencia; padrecito mío, quiero hablarte—dijo.

El patrón no oyó lo que oía.

—¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado u otro?—preguntó.

—Tu licencia, padrecito, para hablarte.

—Es a ti a quien quiero hablarte—repitió el pongo.

—Habla... si puedes—contestó el hacendado.

—Padre mío, señor mío, corazón mío—empezó a hablar el hombrecito. Soñé anoche que habíamos muerto los dos, juntos; juntos habíamos muerto.

—¿Conmigo? ¿Tú? Cuenta todo, indio—le dijo el gran patrón.

—¿Qué? ¿Qué dices?—interrogó el hacendado.

—Como éramos hombres muertos, señor mío, aparecimos desnudos, los dos, juntos; desnudos ante nuestro gran padre San Francisco.

—¿Y después? ¡Habla!—ordenó el patrón, entre enojado e inquieto por la curiosidad.

—Viéndonos muertos, desnudos, juntos, nuestro gran padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. Y a ti y a mí nos examinaba, pesando, creo, el corazón de cada uno y lo que éramos y lo que somos. Como hombre rico y grande, tú enfrentabas esos ojos, padre mío.

—¿Y tú?

—No puedo saber cómo estuve, gran señor. Yo no puedo saber lo que valgo.

—Bueno. Sigue contando.

—Entonces, después, nuestro Padre dijo con su boca: “De todos los ángeles, el más hermoso, que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro ángel pequeño, que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel de chancaca más transparente”.

—¿Y entonces?—preguntó el patrón.



Los indios siervos oían, oían al pongo, con atención sin cuenta, pero temerosos.

—Dueño mío: apenas nuestro gran padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel, brillando, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre, caminando despacito. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de suave luz como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

—¿Y entonces? —repitió el patrón.

—“Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre”, ordenó nuestro gran Padre. Y así, el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito, todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, solo; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía como si estuviera hecho de oro, transparente.

—Así tenía que ser —dijo el patrón, y luego preguntó:

—¿Y a ti?

—Cuando tú brillabas en el cielo nuestro gran padre San Francisco volvió a ordenar: “Que de todos los ángeles del cielo venga el de menos valer, el más

ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano”.

—¿Y entonces?

—Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande.

“Oye viejo —ordenó nuestro gran Padre a ese pobre ángel— embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo como puedas. ¡Rápido!”.

Entonces, con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento de la lata, me cubrió, desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecí avergonzado, en la luz del cielo, apestando...

—Así mismo tenía que ser —afirmó el patrón—. ¡Continúa! O, ¿todo concluye allí?

—No, padrecito mío, señor mío. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntos, los dos, ante nuestro gran padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti... ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria. Y luego, dijo:

“Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡lámanse el uno al otro! Despacio, por mucho tiempo”.

El viejo ángel rejuveneció a esa misma hora; sus alas recuperaron su color negro, su gran fuerza. Nuestro Padre le encomendó vigilar que su voluntad se cumpliera.

José María Arguedas
Perú

Pongo: Indígena que trabaja como siervo en una hacienda.

Vizcacha: Conejo.

Chancaca: Pomela.

1. Identifica si las siguientes descripciones del pongo son verdaderas o falsas, es decir, si corresponden o no con su personalidad y aspecto físico.

2. Explica por qué.

_____ A. El pongo, sucio y harapiento debido a su descuido en el aseo, miraba de manera desafiante al señor de la hacienda cuando éste le insinuaba que debía ser más aseado.

Porqué:

_____ B. Su aspecto físico era el de un hombre humilde, golpeado por su condición cultural, social y económica.

Porqué:

_____ C. Las ropas viejas del pongo y su aparente sumisión, contrastaban con su espíritu literario.

Porqué:

_____ D. El pongo, pese a su gran estatura, era un hombre débil que no podía realizar ni siquiera las labores más elementales.

Porqué:

2. De acuerdo con lo leído, escoge el mensaje que el autor nos quiere transmitir, A partir de este mensaje, inventa el título que debería llevar este cuento.

A. Hay que ser humilde, incluso en condiciones adversas.

B. Nuestros indígenas viven en condiciones de pobreza, humillación e injusticia social.

C. No hay que dejar de soñar, porque en el sueño somos libres.

D. Hay que reclamar nuestros derechos cuando son pisoteados por otros.

Título _____

3. De las siguientes interpretaciones que hemos hecho del sueño que tiene el pongo, escoge la más apropiada y explica por qué lo es.

A. El sueño es una forma de escapar de la cruda realidad.

B. El indígena tiene la esperanza de que un día su condición cambie.

C. La realidad siempre se impone sobre los sueños.

Webgrafía/material fotocopiado (Anexo)

Información tomada del libro de comprensión lectora H editorial hispanoamericana.

Criterios de Evaluación

Identifica la idea principal en una historia.